

## **SOBRE NARCISISMO, HOMOSEXUALIDAD Y EDIPO<sup>1</sup>**

### Observaciones clínicas

Sra. Núria Abelló

Dr. Manuel Pérez-Sánchez

El concepto de narcisismo, que aparece en una nota a la segunda edición de *Los tres ensayos* en 1910, es formulado por Freud unos meses después, en el trabajo de Leonardo, al referirse a la homosexualidad: “El niño reprime el amor a su madre, sustituyéndose a ella; esto es, identificándose con ella y tomando como modelo su propia persona, a cuya semejanza escoge sus nuevos objetos eróticos. De este modo se transforma en homosexual o, mejor dicho, pasa al autoerotismo, dado que los niños objetos de su amor no son sino personas sustitutivas y reproducciones de su propia persona infantil, a las que ama como su madre lo amó a él en sus primeros años. Decíamos entonces que él encuentra sus objetos eróticos por la vía del narcisismo”. Según Meltzer (1978), ésta sería la primera y tosca formulación del concepto de narcisismo, en el que el papel fundamental sería jugado por la identificación narcisista de la madre. Por tanto, la primera teoría sobre el narcisismo no sería la de él amándose a sí mismo, sino la de estar identificándose con la madre y amándose a sí mismo como la madre lo hacía con él. Este primer juicio sobre el narcisismo, en el que la “identificación narcisista con la madre” juega un papel central, será desatendido por Freud y desarrollado treinta y seis años después, en el concepto de identificación proyectiva de M. Klein, como primera descripción de un mecanismo para el logro de una identificación narcisista (Meltzer, 1978).

Volviendo al caso de Leonardo, recordaremos la cita de Freud: “(...) en los sueños de Leonardo se entreteje desde su infancia un rostro semejante al de Mona Lisa” (...) “si las bellas cabezas de los niños eran repeticiones de su propia persona infantil, las mujeres sonrientes no podían ser sino repeticiones

---

<sup>1</sup> Instituto de Psicoanálisis de Barcelona; junio de 1979.

de Catalina, su madre”. (...) “La obra más inmediata cronológicamente a la Gioconda es el cuadro que representa a la Virgen con el Niño y Santa Ana”.

En el cuadro del Louvre (figura 1), la Madre Virgen que contiene al Niño entre sus brazos, quien a su vez contiene entre sus brazos al corderito y mira a la Madre, es sostenida por la falda de su madre Santa Ana, quien, en actitud benevolente y neutral, observa el juego de identificaciones madre-niño. Podríamos considerar esta identificación de la misma manera tosca en que lo hace Freud, como de naturaleza narcisista, así que el Niño hace con el corderito igual que la madre hace con él.

El grado de unión que aparece en el dibujo de Londres (figura 2) nos hace difícil delimitar los contornos de las figuras, al extremo de parecer —según opinión de los críticos— que las dos cabezas surgen del mismo cuerpo, pero el Niño aparece incluido en esta unidad, al mismo tiempo que es contenido por la Madre, y el brazo levantado de la abuela, con su dedo índice hacia arriba, parece señalar y recordar comunicativamente a la madre la necesidad de otra presencia (capacidad de *reverie* de Bion), presencia que parece hacer referencia a la figura del padre. Volveremos sobre el tema al dar una explicación sobre nuestras observaciones clínicas.

De la misma manera que el trabajo de Leonardo no es un trabajo clínico dentro del consultorio, sino un *clinical thinking* —según expresión de Meltzer— que se muestra de utilidad para la comprensión del trabajo propiamente analítico, también nosotros emplearemos en este sentido materiales de la observación de la relación madre-niño, por considerarlo de ayuda a un mejor entendimiento de nuestro trabajo clínico y, en la segunda de nuestras comunicaciones, expondremos material analítico de un paciente homosexual.

La primera de nuestras Observaciones se refiere a una madre soltera que, al sentirse sola e inadecuadamente contenida, recurre a un refuerzo de su organización narcisista, así como a una pseudo-identificación con “una madre que alimenta”. Es esta pseudo-identificación la que consideramos de marcado narcisismo, porque en lugar de estimular mejores capacidades maternas, da paso a manifestaciones dolorosas de tipo corporal y a una relación parcial de objeto con su bebé.

La madre, vestida con un chándal, recibe al observador y le explica que está vestida así porque durante la semana realiza entrenamientos gimnásticos para

conservar su forma física y mejorar la flacidez de su vientre, que le quedó mal después del parto. Al bebé, de catorce días, lo lleva consigo al campo de deportes mientras ella hace gimnasia. Invita al observador a que esté presente el próximo día cuando ella le dé el pecho al bebé. Sin embargo, con el pretexto de continuar con la limpieza de la casa y ducharse, no se queda con el observador, porque ahora con la niña lo tiene todo hecho un desastre.

Este primer contacto nos pareció significativo en varios sentidos. La madre aceptó la presencia del observador, pero sin establecer una relación comunicativa más amplia con él. Se refirió al modo en que iba vestida, a su preocupación corporal, dejó al observador con el bebé dormido y ella ocupó todo el tiempo limpiando su casa, lavando su cuerpo. Por otra parte, y en contraste con esta actitud poco explícita en la comunicación emocional con el observador, pero muy elocuente en cuanto a su atención corporal y personal, se ofrece, de entrada, “abiertamente”, como madre que sería capaz de alimentar a su bebé al pecho. Comenzamos a dudar sobre esta “abierta posibilidad de madre adecuada que alimenta a su bebé al pecho”, y nos atrevimos a sugerir que esta actitud, junto a su conducta, podría ser calificada de narcisismo. Fueron los datos de su conducta global los que nos hicieron valorar el hecho de que el ser soltera podría añadir una luz más amplia sobre la naturaleza narcisista de esta madre. Una madre que se piensa que “se basta a sí misma”, en el sentido de que no sólo crea por sí misma al bebé en su vientre (“madre soltera”), sino que también lo puede alimentar al pecho y hacerlo crecer sola. Para mantenerse en la creencia de que puede sustituir al padre, los cuidados y atenciones que tendrían que venir de éste se los proporciona ella misma.

Como ha señalado E. Bick, parte de la depresión post-parto de la madre es debida a la pérdida de identidad, como consecuencia que durante el embarazo la madre estaba unida a su hijo, cuando lo llevaba dentro de su vientre y estaba con él, y ahora que está fuera le exige y demanda de tal manera que no tiene ni espacio ni tiempo mental y físico para dedicárselo a sí misma. Estos sentimientos tienen sus raíces en sus propias quejas infantiles acerca de lo inadecuado de su propia madre. En este caso, la presencia del observador, que quedó con el bebé, da un alivio a la madre y es utilizado, en parte, para alimentar su narcisismo. Según informaciones posteriores, sabemos que esta

madre concibió a su bebé con la simple idea de tener un hijo, pero sin la servidumbre de permanecer ligada a un hombre. Quedó embarazada sin saber de quién, porque eligió cuatro varones guapos, altos, fuertes y sanos con los que mantuvo relaciones sexuales sobre las mismas fechas con esta exclusiva finalidad.

Estos leves indicios hipotéticos adquirieron más significado en la siguiente observación. A la llegada del observador aún faltaban diez minutos para dar el pecho, por lo que la madre salió de la habitación para limpiar con el aspirador la casa, y no volvió hasta la hora exacta de la lactancia. Apareció la madre comentando que la niña estaba hoy muy nerviosa debido a que ella había tomado café, y acto seguido sentenció: “No volveré a tomarlo más”. Preguntó al observador si notaba algún cambio con respecto a la semana anterior, ya que ella veía a la niña más grande. A continuación se sentó en la cama y tomó a la niña en brazos, hablándole en tono dulce y cariñoso. Al pecho, la niña chupó con avidez, la madre se colocó una almohada detrás de la espalda y se apoyó en la pared; entonces comentó con dramatismo y preocupación que para ella darle el pecho era muy cansado y que siempre le dolía la espalda, como ahora le estaba pasando. A veces, cuando está sola, el dolor es tan fuerte que la única forma de contrarrestarlo es dejar a la niña sobre la cama y ella arrodillada sobre el suelo para darle el pecho. Acto seguido comentó que lo que pasaba era que no sabía si salía mucha leche o no, y procedió de inmediato a apretarse rítmicamente el pecho, preguntándose y preguntando a la niña si saldría más leche. A los diez o doce minutos cambió al otro pecho y repitió la misma pauta. Al acabar de mamar, la madre indicó al observador que se acercara para ver la cara de satisfacción de la niña. Tras unas palabras afectuosas a su hija le puso un biberón con manzanilla y la animó diciendo: “Anda a ver si te gusta esto”, pero al ver que la niña lo rechazaba y hacía “ascos”, le dijo: “Bueno, vamos a dejar esta porquería”.

La seguridad aparente con la que la madre invitó al observador para que estuviera a la hora de darle el pecho, se tornó en zozobra e inseguridad en los primeros momentos. Temía que la niña estuviera nerviosa por culpa suya, al haber tomado café —posiblemente para darse el estímulo que ella no tenía—. Achacó el nerviosismo del bebé a esta causa exógena y no a la falta de una substancia real —el padre— que le diera consistencia. De esta forma, ella no

crea en su mirada y en el factible cambio del bebé con respecto a la semana anterior, que debe ser confirmado por el observador. Sin la substancia real de la persona del padre, con su cuerpo frágil y débil, tampoco está segura de su producción de leche, que siente escasa, ya que ha de preguntar al observador, a la niña y a ella misma. Al finalizar la mamada, ella puede mostrar orgullosa a su niña feliz y sentirse una madre capaz que no necesita el reaseguramiento del biberón auxiliar. Diríamos que dos fenómenos han tenido lugar en el cambio de actitud de la madre: la presencia del observador y la respuesta positiva de la sonrisa de la niña, que le han hecho concebir la idea de que es “una buena madre”. La presencia del observador tuvo dos significados: capacitar la función de *reverie* de la madre —al representar al padre mentalmente— y actuar de continente (Bick) de las “cosas malas” de la madre, que, escindidas y proyectadas en él, permitieron seguir dando el pecho a la niña de una manera adecuada.

Después de esta buena relación, tuvo lugar una pseudo-identificación con “una madre que alimenta” cuando el observador, cediendo a su papel, cometió una transgresión técnica al hablar de las excelencias de la madre que alimenta al pecho. Dicha transgresión<sup>2</sup> ¿fue fruto de la presión de la identificación proyectiva de la madre sobre el observador durante todo el tiempo (a excepción de este breve momento de relax que proporcionó la alimentación al pecho)? ¿O fue debilidad e inexperiencia por parte del observador? En resumen, la situación nos mostraría las siguientes secuencias: un primer momento de expresión de las manifestaciones narcisistas de la madre y un segundo tiempo de pseudo-identificación con una madre que alimenta, que finalmente falla por transgresión del observador a través de la pseudo-identificación con la madre que alimenta.

Recordemos de nuevo el caso de Leonardo, según nos dice Freud: “Al reproducir Leonardo en el rostro de Mona Lisa el doble sentido que esta sonrisa entrañaba, esto es (según las palabras de Pater), la promesa de una ilimitada ternura y al mismo tiempo un presagio amenazador, no hizo más que permanecer fiel al contenido de sus más tempranos recuerdos, pues el apasionado cariño de su madre le fue fatal, determinando su destino y las

---

<sup>2</sup> Esta observación fue trabajada en la Universidad con los estudiantes del curso de Psicología evolutiva, y la observación fue realizada por un estudiante sin formación analítica.

privaciones que habría de sufrir”. Si lo comparamos con el caso expuesto por nosotros aquí, lo que sería fatal y determinaría un destino de privaciones y sufrimientos sería el hecho de que la madre, a través de múltiples ocupaciones corporales y relacionales —pseudo-identificación con su madre—, intentara valerse por sí misma, negando incluso la presencia del padre. Por ello, al encontrarse sola con el bebé, aparece de una forma manifiesta un dolor persecutorio en la espalda que le hace arrodillarse, mientras la niña, contenida en la cama, se agarra sólo a través del pezón. Frente a una madre privada del apoyo y ayuda paternal —preocupada narcisistamente y que no puede atender a su hija—, hay otra madre que puede recuperar su capacidad de ternura en el momento en que el observador está presente. Así, veríamos ahora el doble sentido de la sonrisa de Mona Lisa, por un lado la identificación proyectiva empática, en la que la madre, asistida por el observador (padre), puede con apasionado cariño formar una unidad con su hija, y por otra parte la identificación proyectiva masiva en la que la madre se convierte en la propia niña. En nuestro caso fue finalmente la abuela quien tuvo que cuidar al bebé. Lo que es fatal es el apasionado cariño de la madre cuando no está presente el padre: en su lugar viene el dolor, el sufrimiento o la incapacidad para que esta madre se ocupe de su hija. Ahora bien, en Leonardo estos dos aspectos de la sonrisa —la promesa de una ilimitada ternura y el presagio amenazador— fueron integrados a través de una obra creativa como la Mona Lisa.

Nuestra primitiva y tosca descripción de identificación narcisista quedaría mejor aclarada si diferenciamos la forma en que participa el mecanismo de identificación proyectiva. Una forma sería a través de la identificación proyectiva empática, adecuada, como en el momento en que la madre está alimentando al bebé en presencia del observador y da lugar a una valoración realista y estimulante de las posibilidades de la madre, y que podría ser considerada como el sentimiento de autoestima, con el reconocimiento de todas las buenas relaciones vividas por ella; frente a una identificación proyectiva masiva, donde las posibilidades maternas —inseguridad de sus capacidades psíquicas, contenidos de alimento, etc.— son puestas en duda, así como también el vínculo heterosexual, que revigorizaría a la madre.

Señala Frances Tustin (1978) que las más tempranas situaciones de la vida son particularmente difíciles de describir porque el niño, dominado por la

sensación, está en un gran estado sensual de unidad con la madre. ¿Quiere decirnos Tustin que este estado sensual de unidad con la madre quita importancia a la figura del padre? Nosotros pensamos que el estado inicial del grupo originario es de fusión en la mente del niño y que el papel que juega la relación entre los padres es de fundamental valor para su crecimiento. ¿Qué es anterior, entonces, en el desarrollo mental del individuo, la existencia de una pareja cohesionada y relacionada vitalmente entre sí, o las capacidades sensoriales y sensoriales que van desarrollándose hasta el establecimiento claro de la visión de la pareja como entes separados, con intereses particulares cada uno, tal como se establece en la situación edípica?

Dos hechos han sido reconocidos actualmente por la psicología general y reivindicados por algunas escuelas psicoanalíticas desde hace tiempo: la idea de una más precoz capacidad de discriminación y percepción del niño respecto al mundo que le rodea, y un mayor alcance de la función del entorno y de las buenas experiencias precoces sobre él (Mary Boston, 1978).

En contraste con la observación anterior, veamos ahora otra madre que acabó de dar el pecho a su bebé de nueve semanas de una forma satisfactoria y confiada, valorándole con amabilidad. Asumió que tenía una capacidad de percepción suficiente para reconocer al observador, al invitarle a que le mirara. La posibilidad de que podría hablar pronto se conectaba con su confianza en la comunicación con él y en que sus necesidades podrían ser formuladas abiertamente en un periodo relativamente corto. Estableció la diferenciación de su papel masculino, al decirle que es un forzudo por haber dado una patada como si fuera un futbolista. Espera que pronto pueda andar, por cuya razón le pone de pie, dando a entender que podría hacerse independiente y bastarse a sí mismo. Luego lo deja en la cuna solo, sin inquietarse porque llora un poco. En este momento decide ir a ver a su marido, que está en otra parte de la casa arreglando la luz. Es decir, después de haber tenido una buena experiencia con su hijo y reconocer la posible buena evolución, en la que incluía todos los elementos necesarios para enfrentar la situación edípica —por supuesto aún no clara en la realidad— ella se marchó con su marido, recordándonos su presencia y mostrándonos la importancia de la unión con él. Nos parece ver la descripción, a través del conocimiento intuitivo de una madre, de la predicción que ella hace sobre la evolución que han de seguir los acontecimientos, hasta

desembocar en la situación edípica, así como del papel que el padre juega desde el comienzo. En este caso, el padre apareció como figura presente, protectora y estimulante que facilitaba las cosas a la madre y reparaba cualquier desperfecto en la casa, siendo atento a la vez que respetuoso con la función maternal. A diferencia del caso anterior, esta madre contó con la presencia benéfica del padre, de quien recibió ayuda y confianza, creando esta unidad que encontramos recogida en la atmósfera integradora del dibujo de Londres sobre Santa Ana, la Virgen y el Niño: aquél en el que sugeríamos que el recuerdo del padre sería un elemento fundamental de la composición. Todos estos elementos, de alguna forma, estarían inscritos en su composición sobre Mona Lisa, donde, según expresión de Muntz: “Jamás un artista ha traducido la esencia de la feminidad de tal manera”.

¿Podríamos afirmar que la creatividad más fecunda de Leonardo no sería debida a su homosexualidad —posiblemente latente—, sino al tejido mental formado por la pareja heterosexual de los padres? Estaríamos inclinados a decir que su homosexualidad latente tendría un efecto obsesivamente recurrente en sus producciones y que la trama heterosexual —inconsciente— modificaría dichas producciones —inconscientes— para elevarlas a la categoría de obras creativas. Que su capacidad de captar la esencia de la feminidad era debida en parte a identificación con la madre —el retrato de Mona Lisa fue realizado poco después de la muerte de su madre—, pero impulsada por la toma de conciencia del reconocimiento de una relación repetitiva —unión madre-bebé—, de la que ahora tiene que prescindir para aceptar la presencia de un tercero; de esta manera, él puede captar la esencia de la feminidad.

Desde el comienzo y en lo sucesivo, padre, madre y bebé constituyen una unidad imprescindible, y a la llegada del destete, junto al establecimiento de las capacidades de percepción que surgen en la posición depresiva —en la que el niño reconoce dolorosamente la existencia del padre—, la primitiva unidad se rompe para originar el Edipo. Así creemos que aparece bellamente expresado en el poema de Joan Maragall:

### PRIMER DOL

Crida en la nit l'infant son primer dol  
perquè li han amargat la font de vida.  
Arrenca un plor, en la nit, sense consol.  
—Què has fet de la dolçor del teu pit, dida?—  
Perquè avorrís el pit li han embrutat  
amb la pols del senet, tan amarganta,  
i dolorosamente meravellat,  
el pren i el deixa, i mira, i se n'espanta.  
-Què has fet, dida? Què has fet? Estic perdut!  
Ai, braços que em teniu! Adéu siau!  
Ai, dolça tebior del pit suau,  
que contra de tot mal m'eres salut!  
Per què ara te'm fas avorridora?  
Con ha estat això, dida? Con ha estat?...  
I es redreça l'infant desesperat...  
La dida gira el rostre com traïdora.  
Mes ell li pren el rostre i l'hi espia...  
—Dida! Dida!... I para en sec el plor,  
i una mirada d'home que es malfia  
als ulls li esfulla la primera flor.

Cuya traducción sería:

Grita en la noche el niño su primer duelo  
porque le han amargado la fuente de la vida.  
Arranca un llanto, en la noche, sin consuelo.  
—¿Qué has hecho con la dulzura de tu pecho, ama?—  
Para que aborreciese el pecho, se lo han ensuciado  
con el polvo del sen, tan amargo,  
y dolorosamente maravillado,  
lo toma y lo suelta, y mira, y se asusta.  
—¿Qué has hecho, ama? ¿Qué has hecho? ¡Estoy perdido!  
¡Ay, brazos que me sostenéis! ¡Adiós!  
¡Ay, dulce tibieza del pecho suave,

que en contra de todo mal eras mi salud!  
¿Por qué ahora te me vuelves aborrecedora?  
¿Cómo ha sido eso, ama? ¿Cómo ha sido?...  
Y se endereza el niño desesperado...  
El ama vuelve el rostro como traidora.  
Mas él le toma el rostro y se lo espía...  
—¡Ama! ¡Ama!... Y para en seco el llanto,  
y una mirada de hombre que desconfía  
en los ojos le deshoja la primera flor.